A LOS FORAJIDOS: ESO...YA NO NOS LO QUITA NADIE

María Fernanda Moscoso¹

E-mail: mafe_moscoso@hotmail.com

*Si entro por esta puerta veré un rostro
ya desaparecido, en un clima de pájaros.
Avanzará a mi encuentro
hablándome con sílabas de niebla,
en un país de tierra transparente
donde medita sin moverse el tiempo
y ocupan su lugar los seres y las cosas
en un orden eterno.*

Jorge Carrera Andrade.

La rebelión de los forajidos, como se denominó al proceso ocurrido en Ecuador hace pocos meses, suscita, hoy por hoy, distintos comentarios e interpretaciones y no falta quien haga una lectura colocando toda la ira de esos días en una clase media-alta quiteña incapaz de soportar a un hombre del poblacho como mandatario, hasta las distintas teorías conspiratorias que se tejen, seguramente, frente a los tradicionales carajillos (una bebida que mezcla café y licor) servidos en los cafés en que se reúnen artistas, intelectuales y estudiantes universitarios (así, he llegado a escuchar, incluso, que ha sido Chávez quien ideó el plan para sacar al presidente Gutiérrez del poder... luego, existen historias un poco más subliminales, las cuales, por respeto a la imaginación del lector y un poquito, por vergüenza propia, prefiero omitir).

En todo caso, resulta difícil definir exactamente qué sucedió esta vez. Creo poco en las teorías conspiratorias porque me cuesta pensar que Chávez, con todos los problemas en el país venezolano, tenga tiempo y ganas de meter sus narices e ideas en la vida política de los países vecinos. Luego, me niego a pensar que los movimientos sociales y las luchas políticas, no sean un asunto, también, de la rabia de los más pobres, de aquellos que, habiendo participado muchas veces se les resta protagonismo –en nombre de la obsesión de hallar las intenciones de las clases medias altas en casi todo-. En este sentido, considero que la tumultuosa vida política ecuatoriana y en específico, los últimos acontecimientos ocurridos, requieren de varias miradas entrecruzadas que la expliquen: desde la económica, por supuesto, hasta la étnica, la de la ciencia política, la histórica y la antropológica. De allí que, al momento, toda interpretación rápida y ligera, es probable que no alcance a explicar, en toda su magnitud, lo que ha sucedido en los días anteriores en Ecuador. Sin embargo, esto no quiere decir que no sea necesario y urgente, hablar de ello, hacer un balance de la gobernabilidad o la ingobernabilidad de nuestro continente, repensar nuestras democracias y el ejercicio de la ciudadanía, entender las profundas causas históricas de muchos acontecimientos y sucesos... En fin, la tarea,

¹ Universidad Autónoma de Madrid.

como siempre, es ardua pero no inalcanzable, pues luego de los meses que han transcurrido, hay algo que a mí, desde la distancia, se me ha quedado grabado y no sólo en el pensamiento, sino también, en el cuerpo, como una suerte de sensación y es precisamente eso lo que desearía transmitir en estas palabras. Pido disculpas, en este sentido, si mi modo de abordar lo ocurrido en abril de 2005 en Ecuador, pueda parecer tan personal (aunque, ¿Qué no lo es?).

Al volver al correo que me llegó durante los días en los que los ciudadanos y ciudadanas ecuatorianos, se tomaron las calles y plazas, para exigir que Gutiérrez se vaya, me encuentro, de pronto, con cartas de amigos, desde Quito hasta Sarayacu, que respondiendo a mis alarmadas inquisiciones y preguntas y que me convocaban a reuniones, festejos, grupos de pensamiento, actos simbólicos: a construir, en definitiva, un nuevo Ecuador. A desarmarlo, para luego, volver a armarlo. Leí detenidamente relatos etnográficos escritos por los colegas antropólogos de mi ciudad, hablé por teléfono, revisé el periódico, miré imágenes, averigüé y pregunté y poco a poco, las informaciones me permitieron elaborar una idea de lo que había sucedido. Una idea apenas, claro, porque la distancia también es esto: enterarse de lo que sucede a miles de kilómetros de la casa de una, pero con incredulidad, como si todo fuese una noticia más, de los cientos que recibimos al día. Y sin embargo, a ratos, me surgía, sobretodo durante aquellos días, algo que nunca había sentido, más aún al formar parte de una generación que ha visto tropiezo tras tropiezo la vida política del país. Y lo digo yo, arrastrada quizás por una cuestión de sobrevivencia o ingenuidad; yo, que nunca he creído realmente que nuestra selección de fútbol pueda clasificar nuevamente al mundial (¡y ojo que estamos cada vez más cerca!) y peor aún, que podamos librarnos de actuar al margen de esas fuerzas externas e internas que llevan siglos en nuestro continente, llamándonos, de diversas maneras *forajidos* -como tengo entendido que, según los historiadores, ya lo hicieron, durante la colonia, en nuestras primeras revueltas-. Y es precisamente en España que, hoy en día, generalmente, todo lo que tenga que ver con política, convulsiones, cambios de gobierno, golpes de Estado, dictaduras o inestabilidad en Latinoamérica, y Ecuador en concreto, se mira con una dosis de paternalismo porque en algún lugar del corazón de esta sociedad aún somos los hijos menores...

¿Cómo explicarlo? La noticia más importante, la que mayor atención convocó aquellos días, la que ocupó tiempos y espacios en televisores y periódicos españoles, fue la muerte y elección del nuevo Papa. Que en este país haya miles de ecuatorianos/as importa cuando se discute sobre la conveniencia o no de legalizar a los "con" y los "sin" – papeles quiero decir -; parecería que la convulsión política, para la mayoría de los medios y la opinión de la gente en general – con excepciones como *El País*, por ejemplo - reafirma la imagen que se tiene sobre nosotros: mezcladitos, quedados en algún lugar, incapaces de organizarnos, de construir democracias...Y en medio de las pocas noticias que circularon en este lado del charco, siempre me dio la impresión de que hubo algo que se les escapó, que esta vez no se ha logrado captar, quizás porque se debe haber nacido y crecido al otro lado para comprenderlo. Y es que la palabra esperanza así, en abstracto, es difícil de transmitir y sólo se puede comprender a través de esos pequeños detalles que dotan de un profundo sentido a las cosas, y que yo he alcanzado por medio de las voces de los amigos y la familia: profesores, alumnos y personal de las universidades defendiéndose con palos y lo que tengan a mano

de los maleantes que pretendían violentar las instalaciones de las mismas, mujeres ahogadas en medio de los gases y las personas en acto de solidaridad, desde los balcones, lanzando tiras de papel para encender fuego; mi hermano al otro lado del teléfono, diciéndome que se siente ciudadano, por una vez en su vida y que se reunirá con otros jóvenes como él para proponer y para ser escuchado; las historias de los cientos de niños y niñas en las calles, gritando “basta ya” y aguantando bombas lacrimógenas y la brutal represión de la policía; las personas alrededor de Quito, poniendo el cuerpo para impedir que los buses traídos por Gutiérrez entren a la capital; las canciones inventadas; el tablazo, los globos reventados a la misma hora; la gente, diciendo que nos busquemos urgentemente, que pensemos, que construyamos una nueva nación; la historia de la mujer que lo inició todo... que llamó por teléfono a una radio, que convocó a que otros y otras como ella, “salgan de sus casas, traigan consigo ollas, que golpeen, que hagan ruido, que no se callen...” Esta vez (y la sensación es casi general) lo ocurrido ha sido distinto y aquello, aunque es difícil de mantener y explicar – sobre todo si se mira el ir y venir de presidentes en Ecuador durante los últimos diez años -, tiene que ver, probablemente, con la actitud de quienes participaron en las movilizaciones de abril: los denominados *forajidos* (así es como Gutiérrez calificó a los protestantes).

En efecto, desde la perspectiva de muchos y la mía propia, lo ocurrido en Ecuador y en Quito durante esos días fue sobretodo, por más que se niegue, aunque se intente encontrar a la extrema derecha ecuatoriana (e incluso a la izquierda) en cualquier movimiento social – como si el resto de la población fuésemos simples marionetas a la espera de las órdenes del dueño de la hacienda (León Febres Cordero) -, un profundo acto de dignidad. Y la dignidad, hasta donde sé, es personal: nadie nos puede obligar a sentirnos dignos y no se la adquiere de un día para otro: actuar, organizarse, inventarse, gritar, demostrar la rabia por medio de actos lúdicos, sentir que la tiranía se desvanece fue, durante esos días, una decisión unánime. Pero las protestas no fueron sólo una decisión unánime, lo fue también el deseo de hacerlo y lo fue, también, la conciencia sobre la agencia de las personas. Con esto quiero decir que, de lo que se desprende de las voces y las descripciones etnográficas de aquellos días, la mayoría de niños, jóvenes, mujeres, ancianas y hombres que, vistiendo la camiseta tricolor de la selección, salieron a la calle o protestaron como pudieron, lo hicieron de un modo diferente a otras ocasiones: esta vez, al parecer, no había ninguna mano manipuladora por detrás, no se lograron infiltrar los intereses de los grupos políticos y económicos, nadie daba órdenes y nadie obedecía. Ahora, la rabia era un asunto de los ciudadanos que utilizaron un espacio radial (cuyo director tuvo que salir de Ecuador pues se encuentra amenazado de muerte) para autoconvocarse, para aunar voces y esfuerzos, para organizarse por zonas, barrios, sectores. ¡Y lo lograron! Sin que nadie se imagine, lo logramos: Gutiérrez salió, prófugo de la justicia, en dirección a Brasil en calidad de exiliado político (Lula, en esto, nos debe cuentas a los ecuatorianos). Luego, aunque esto, en principio y tal como suena, es caótico, no constitucional y supone la ratificación de una democracia frágil como el cristal, ha impreso una sensación casi desconocida entre la gente: el goce de haber sido, por una vez, quien tiene las riendas del acontecer político ecuatoriano: la alegría de sentir que, de vez en cuando, el poder tiene fracturas y a ratos, los grupos subalternos existen, ejercen, están allí, para sí mismos, para los otros, para todos y sin que nadie ordene, ni tome las decisiones por el conjunto.

En fin, un desborde de esperanzas, eso es lo que representa cada una de las cartas y descripciones que recibí aquellos días y un desborde, además, de dignidad, de eso que las personas no nos pueden quitar, por más que haya elegido nuevo Papa y se tome nuestra situación política como una malcrianza más...como un fracaso a sumar al montón, nunca como una ilusión. Frente a esto: ¿Cómo explicar mi agradecimiento en la distancia y cómo transmitir la dignidad de las cartas y los testimonios de los días anteriores?... ¿Cómo explicar que esta vez, por más que la OEA se empeñó en hacer reuniones para reconocer o no al nuevo gobierno y que los EEUU expresen recelo por un país que exige decirle no al TLC, al Plan Colombia, a la privatización petrolera y sí a nuestra soberanía... ¿Cómo decirles que por más que se esfuercen, a nosotros, la dignidad, ya no nos quita nadie?